

PAUL CHRISTOPHER

EL  
TRONO  
TEMPLARIO



algaida  
INTER

Título original: *The Templar Throne*  
Editado en USA por Signet, una marca de New American Library,  
división de Penguin Group (USA).

Primera edición: 2012

© Paul Christopher, 2010  
© de la traducción: Eva Acosta, 2012  
© Algaida Editores, 2012  
Avda. San Francisco Javier, 22  
41018 Sevilla  
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54  
e-mail: [algaida@algaida.es](mailto:algaida@algaida.es)  
Composición: REGA  
ISBN: 978-84-9877-768-0  
Depósito legal: Se-3.246-2012  
Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

# ÍNDICE

CAPÍTULO 1 .....	11
CAPÍTULO 2 .....	19
CAPÍTULO 3 .....	25
CAPÍTULO 4 .....	35
CAPÍTULO 5 .....	45
CAPÍTULO 6 .....	55
CAPÍTULO 7 .....	65
CAPÍTULO 8 .....	73
CAPÍTULO 9 .....	87
CAPÍTULO 10 .....	97
CAPÍTULO 11 .....	107
CAPÍTULO 12 .....	117
CAPÍTULO 13 .....	125
CAPÍTULO 14 .....	135
CAPÍTULO 15 .....	147
CAPÍTULO 16 .....	155
CAPÍTULO 17 .....	167
CAPÍTULO 18 .....	179

CAPÍTULO 19 .....	189
CAPÍTULO 20 .....	201
CAPÍTULO 21 .....	211
CAPÍTULO 22 .....	223
CAPÍTULO 23 .....	233
CAPÍTULO 24 .....	243
CAPÍTULO 25 .....	255
CAPÍTULO 26 .....	265
CAPÍTULO 27 .....	275
CAPÍTULO 28 .....	285
CAPÍTULO 29 .....	295
CAPÍTULO 30 .....	303
CAPÍTULO 31 .....	315
CAPÍTULO 32 .....	325
CAPÍTULO 33 .....	341

La propia palabra «secreto» repugna en una sociedad abierta y libre;  
además, como pueblo, estamos intrínseca e históricamente en contra de  
sociedades secretas, juramentos secretos y actos secretos.

JOHN F. KENNEDY

Bajó el asirio como el lobo cae sobre el redil,  
Y sus cohortes relucían de púrpura y de oro;  
Y el brillo de sus lanzas era como el centelleo de las estrellas en el lago  
Cuando de noche avanza la ola azul del hondo Tiberíades.

LORD BYRON, *La perdición de Senaquerib*



**E**L CORONEL JOHN «DOC» HOLLIDAY, DE LOS ARMY Rangers estadounidenses (retirado del servicio activo) y más recientemente profesor de historia militar medieval en la Academia Militar Estadounidense de West Point (retirado de esto también), estaba sentado en la terraza acristalada del Café Brasserie Le Malakoff, una exclusiva cafetería situada en el prestigioso *arrondissement* decimosexto de París. Lo acompañaba Maurice Bernheim, director del Musée National de la Marine, el Museo Marítimo Nacional de Francia.

Los dos almorzaban lo mismo: ensalada y *croque-monsieur*, la versión parisiense de un sándwich Reuben norteamericano, aunque bien podría proceder de un universo completamente distinto. Los parisinos adoptaban una actitud desdeñosa hacia todos los demás habitantes del planeta, pero cuando se trata de comida tenían razón. Incluso una *Royale avec Fromage* en un McDonald's de París era inmensamente superior a una Big Mac de las que se venden en cualquier otra parte del mundo. Bernheim llevaba sermoneándolo sobre el tema casi una hora, pero un buen almuerzo en un día primaveral en París compensaba muchas cosas.

Holliday ya había coincidido con Bernheim cuando se encontraba en plena localización del secreto de la espada templaria. El bajo y rechoncho historiador que fumaba aquellos pestilentes cigarrillos llamados Boyards lo había ayudado entonces, y Holliday esperaba que lo ayudara otra vez.

—La verdad, qué pena que su encantadora sobrina no esté hoy con usted —dijo Bernheim.

Se terminó el sándwich, le hizo una seña al camarero y pidió flan y café para los dos.

—Prima —lo corrigió Holliday—. Se encuentra demasiado ocupada estando embarazada en Jerusalén.

Peggy y el arqueólogo israelí Rafi Wanounou se habían casado el año anterior, poco después de sus aventuras en el desierto de Libia; las mismas aventuras que, con el tiempo, habían llevado a Holliday a aquel almuerzo alto en colesterol con Maurice Bernheim.

—Una joven muy bonita —dijo el hombre de mediana edad dando un suspiro.

—Eso opina su recién estrenado marido —Holliday sonrió—. Y, por cierto, ¿cómo están su esposa y sus hijas?

—Pauline está bien, gracias. Por suerte para mí su consulta de dentista me mantiene con el lujo al que mis diablillas y yo nos hemos acostumbrado. Por supuesto, las gemelas también han de tener el último modelo de zapatillas deportivas. *La vie est très chère, mon ami*. La vida es cara, ¿eh? Pronto serán el maquillaje y los Mercedes a juego.

Bernheim se sacudió una pelusa invisible de la solapa de su carísimo traje de Brioni.

Los flanes llegaron, y por un momento el director del museo clavó la vista en el suyo con expresión reverencial, como si fuese una maravillosa obra de arte, algo que, al menos para Bernheim, probablemente fuera. Holliday hizo caso omi-

so del postre y probó el café. Como todo en Le Malakoff, era excelente. Al menos gracias a la prohibición de fumar en los restaurantes de París no tenía que soportar los Boyards de Bernheim.

—Bueno —dijo el experto en náutica—. ¿Qué lo trae a usted a París y a mi pequeño y humilde museo?

Tomó otro bocado del flan y cerró los ojos un instante para deleitarse con el sabor.

—¿Ha oído hablar alguna vez de un lugar llamado La Couvertoirade? —preguntó Holliday.

Bernheim asintió.

—Una ciudad fortificada de la Dordoña. Edificada por los templarios, creo.

—Eso es —dijo Holliday con un gesto afirmativo—. Hace tiempo un arqueólogo, un monje que se llamaba hermano Charles-Étienne Brasseur, descubrió un nido de documentos procedentes de allí que estaban relacionados con la expedición templaria a Egipto —hizo una breve pausa, intentando recordarlo todo—. Los textos los había escrito un monje cisterciense llamado Roland de Hainaut. Hainaut era secretario de Guillaume de Sonnac, el gran maestro que mandaba a los templarios en el cerco de Damietta en 1249.

—Claro. La Séptima Cruzada —dijo Bernheim—. No podían ir río arriba debido a las inundaciones del Nilo, de modo que se quedaron seis meses holgazaneando y conquistando a las egipcias.

—También jugaron a ser turistas —añadió Holliday—. El barco privado de Guillaume de Sonnac como gran maestro era una carabela llamada el *Sanctus Johannes*, que había fletado en Génova a un armador, Peter Rubeus. De Sonnac contaba con su propio capitán, un compatriota francés llamado Jean de Saint-Clair.

—Un nombre bastante corriente en Francia, me temo —dijo Bernheim—. Algo así como John Smith en Norteamérica —sonrió—. Un nombre con el que firmar registros de hotel.

—Pues bien, mientras este Saint-Clair en concreto estaba en Damietta viajó un poco más allá hasta Rosetta, donde los arqueólogos de Napoleón descubrieron la famosa piedra al cabo de unos cuantos centenares de años.

—Y los británicos la robaron, si me permite añadirlo —gruñó Bernheim.

—Pídale explicaciones a la reina —dijo Holliday—. En fin, mientras Saint-Clair realizaba su pequeña visita a Rosetta junto con el secretario de De Sonnac, en un monasterio se toparon con unos antiguos documentos coptos. Los documentos describían una cosa que denominaban «Organum Sanctum».

—Un Instrumento de Dios —tradujo Bernheim—. Por lo general se refiere a una persona. Por ejemplo, Moisés era un instrumento de Dios.

—Esta vez no —dijo Holliday.

Abrió el flexible y anticuado maletín que tenía en el regazo y sacó dos tiras de madera de veinticinco centímetros de largo. Una de las tiras era ligeramente más gruesa que la otra y tenía un agujero cuadrado a mitad de su longitud. Estaba claro que la pieza más estrecha estaba pensada para que encajara en el agujero formando una cruz. Las dos tiras tenían muescas a intervalos regulares.

—Una ballestilla —dijo Bernheim, asintiendo—. Un instrumento de navegación del siglo XVI.

—Solo que Saint-Clair y el secretario de De Sonnac descubrieron los documentos doscientos años antes de esa fecha —dijo Holliday—. Y algo todavía más raro: los documentos

contaban que el artefacto por el que se ha hecho esta maqueta era más antiguo todavía... del tiempo de los faraones, en realidad.

—Absurdo —dijo Bernheim en tono de burla.

—El original del artefacto que tiene en la mano lo encontré yo en la mano momificada del visir del faraón Djoser; la momia la habían sepultado al menos dos mil quinientos años antes del nacimiento de Cristo, y cuatro mil años antes de que Jean de Saint-Clair estuviera en Rosetta. Ahora el original está guardado en lugar seguro en el Metropolitan Museum of Art de Nueva York. La copia que tiene usted en la mano la han realizado en el departamento de maquetas.

—¿No hay posibilidad de que se hayan equivocado en la datación?

—En el enebro africano el margen de error del análisis espectroscópico es de menos del diez por ciento. No hay duda, Maurice: el instrumento tiene cuatro mil quinientos años.

—*Merde* —dijo el francés en voz baja, olvidado ya su flan—. ¿Sabe usted lo que esto representa para el paradigma básico de la moderna historia náutica?

—Lo destroza —contestó Holliday en tono inexpresivo.

—Este artefacto era un arma secreta comparable con la bomba atómica —dijo Bernheim—. Una nación marinera que lo tuviese contaba con una ventaja extraordinaria sobre otra que careciera de él.

—Al menos durante los doscientos años, más o menos, que van entre el descubrimiento de Saint-Clair y el invento de la ballestilla en el siglo XVI —dijo Holliday.

—Colón se va al traste.

—Además, casi con toda seguridad eso significa que los cuentos de hadas sobre la ida a América de los templarios son ciertos... O podrían serlo —dijo Holliday.

—Saint-Clair, Sinclair... —dijo Bernheim, pensativo. Pasó el pulgar por las muescas que había en los lados de las tiras de madera y encajó las dos piezas. Luego levantó el cruciforme instrumento—. ¿Alguna vez ha visto el antiguo escudo de armas de los Saint-Clair? —preguntó—. ¿El primitivo, como se usaba en Francia?

—Desde luego —respondió Holliday—. Una cruz festoneada.

—*Pas «feston», mon ami.* En Francia se llama *La Croix Engraal* —dijo Bernheim—. Una cruz «engrialada».

—¿Y eso quiere decir...? —preguntó Holliday.

—En términos de heráldica, *engraal* significa «protegido por el Santo Grial»; el Grial se indicaba con eso que en el ridículo libro de Da Vinci se denominaba la «V» del sagrado femenino y no del *sangraal*, la sangre de Cristo. Pero, ¿y si en el blasón de los Saint-Clair las muescas *engraal* de la cruz hicieran referencia a otra cosa? ¿A algo mucho más práctico?

Bernheim pasó la uña del pulgar por las muescas de la madera. De repente Holliday lo comprendió.

—Las hendiduras de gradación de una ballestilla —dijo, y dejó ver una amplia sonrisa—. Casi siempre la explicación más sencilla es la verdadera. La navaja de Ockham.

—*C'est ça* —dijo Bernheim alegremente—. El misterio está resuelto.

—No hasta que yo no averigüe más cosas acerca de este Jean de Saint-Clair, fuera quien fuese.

Bernheim, que había vuelto a su flan, dejó la cucharilla y se limpió los labios con una servilleta. Luego se encogió de hombros.

—Desde el punto de vista histórico los Sinclair de Escocia procedían de una pequeña ciudad llamada Saint-Clair-sur-Epte. En tiempos el río Epte servía de frontera entre Norman-

día y la Île de France, es decir, entre las posesiones de Inglaterra y el resto del país. También es el río que Monet mandó desviar para crear su famoso estanque de nenúfares.

Holliday se echó a reír, impresionado por el repertorio de conocimientos que tenía Bernheim sobre un tema tan poco importante.

—¿Qué diablos tiene que ver nada de esto con la historia marítima?

—Lo que a usted le interesa, de lo que usted sabe es de artes militares medievales, ¿cierto?

—Eso quiero pensar.

—Lo mío son los barcos y el mar. Pero antes de los barcos ha de haber madera, y antes de la madera ha de haber árboles. ¿Ha oído hablar alguna vez del río Beaulieu en Inglaterra?

—No.

—Entonces nunca ha oído hablar del pueblo de Buckler's Hard.

—No es un nombre que me resulte familiar.

—Le resulta familiar a cualquiera que esté metido en la historia marítima francesa —dijo Bernheim—. Los buques de guerra ingleses *Euryalus*, *Swiftsure* y *Agamemnon* se construyeron allí: fueron unos barcos claves durante la batalla de Trafalgar, donde los británicos derrotaron a la flota francesa en 1805. La madera con que se construyó toda la flota de Nelson procedía del circundante New Forest.

—¿Quiere decir que el río Epte tenía la misma función?

—Desde la época de los vikingos —dijo Bernheim con un gesto afirmativo. Rebañó de los lados del plato lo que quedaba del flan, se relamió y suspiró—. Si el Saint-Clair que busca usted era marino, casi con toda certeza procedía de Saint-Clair-sur-Epte —clavó la mirada con pesadumbre en su plato

vacío y suspiró otra vez—. Hay una vieja abadía cerca, la *Abbaye* de Tiron. Hable con el bibliotecario de allí, el hermano Morvan. Pierre Morvan. Quizá él pueda ayudarlo.

Dicho esto, le echó un vistazo al flan intacto de Holliday y, en tono esperanzado, preguntó:

—¿No tiene usted apetito?

**E**L ESTUDIANTE MEDIO CREE QUE EL MEJOR SINÓNIMO DE «investigación» es Google. Sin embargo la investigación auténtica y original tiene más que ver con el juego del flíper que con los buscadores de internet; por lo general es una lotería con muchos más fallos que aciertos. Uno va rebotando por toda la máquina al tiempo que reúne puntos por el camino, hasta que al final descubre una dirección y llega al lugar de destino por fin.

Descubrir el paradero de Pierre Morvan resultó ser una partida de flíper de largo recorrido; Holliday rebotó hacia el noroeste durante ciento cincuenta kilómetros, desde París hasta el monasterio de la *Abbaye* de Tiron, situada en la ciudad de Saint-Clair-sur-Epte; luego ciento cinco kilómetros hacia el sur, hasta el diminuto pueblo de Le Pin-la-Garenne y su aún más pequeña iglesia del siglo XI, y, finalmente, otros ciento cincuenta kilómetros derecho hacia oeste, hasta la ciudad de Dol-de-Bretagne, cerca de la costa bretona, y la catedral que había allí.

Fue un tiempo bien empleado. Holliday descubrió que, según se decía, la *Abbaye* de Tiron era la cuna de la francmasonería, una organización que solía aliarse con los templarios. La

pequeña iglesia de Le-Pin-la-Garenne tenía a muchos Saint-Clair enterrados en su cripta y, según se decía, Dol-de-Bretagne era la tierra de origen de los reyes Estuardo escoceses, también estrechamente vinculados con los templarios, en particular tras la disolución oficial de la orden en el año 1312. Asimismo, era la cuna de los antepasados de William Sinclair, primer conde de Caithness, tercer conde de Orkney, barón de *Roslin* y fundador de la capilla *Roslyn*, en Midlothian, supuesto emplazamiento del secreto definitivo del libro *El código Da Vinci*.

La catedral de Dol era una construcción gótica de aspecto sombrío, negra tras mil años de hollín y mugre. La primitiva iglesia se construyó en el año 834 y fue ampliándose durante los seiscientos años siguientes. Según la leyenda, en plena construcción de la Catedral San Sansón enfureció a Satanás, quien le tiró a la catedral una roca gigantesca y destruyó la torre norte, que ya no existe.

Holliday encontró al hermano Morvan puesto a cuatro patas y frotando con carboncillo un papel sobre una inscripción latina que había en el suelo de la nave central para sacar un calco. Morvan llevaba el hábito blanco y el escapulario negro de un monje cisterciense, la orden monástica con que se asociaba más frecuentemente a los templarios.

Holliday carraspeó.

—¿Hermano Morvan?

El canoso monje alzó la vista hacia él y sonrió. Tenía aspecto de abuelo, con sus correspondientes ojos brillantes y unos anticuados lentes sin montura colocados sobre una gran nariz ganchuda.

—Usted debe de ser el señor Holliday —dijo—. ¿La gente lo llama siempre «Doc», como el famoso pistolero del oeste?

—Todo el rato —contestó Holliday—. Aunque me lo he ganado honradamente: sí que tengo un doctorado.

—¿En qué?

—En Historia Medieval.

—Eso explica por qué anda buscándome por toda Francia.

—¿Cómo sabía que lo buscaba?

—Tal vez lleve hábito de monje, señor Holliday, pero eso no me impide tener teléfono móvil. Su reputación lo precede a usted, por gentileza de la Société Française de Radiotéléphonie —Morvan se levantó y se sacudió la túnica. Parecía tener unos sesenta o sesenta y cinco años—. ¿Cómo perdió el ojo? —preguntó, al tiempo que señalaba con la cabeza el parche que tapaba el ojo derecho de Holliday.

—Un trozo de grava en una carretera secundaria de Afganistán.

—Entonces supongo que no siempre se ha llamado usted simplemente «señor Holliday», a secas.

—¿Por qué lo dice?

—Desde el siglo XII hasta el XV Afganistán estuvo bajo el dominio de gente como Gengis Khan y el Gran Tamerlán. Eso no despierta mucho interés en un medievalista. Y también tiene usted porte de oficial.

—No está mal —dijo Holliday, riendo.

—Mi celda es una BlackBerry —respondió el monje—. Lo he buscado a usted en Google, coronel Holliday. Su especialidad son las armas y armaduras medievales. ¿Qué lo trae a una catedral? Aquí están sepultados unos cuantos caballeros muertos, pero todas las espadas están talladas en piedra.

—Yo también uso una BlackBerry —dijo Holliday con una sonrisa—. Tal vez debería haberlo buscado a usted en Google primero. En fin, busco a un caballero en concreto: un templario llamado Jean de Saint-Clair.

—Interesante —dijo el monje—. Venga conmigo.

Morvan no esperó su respuesta. Volvió a retroceder por la nave central y luego torció hacia una puerta lateral que estaba abierta. Momentos después Holliday se encontró en un pequeño cementerio: una callejuela de antiguos mausoleos de granito, con las viejas piedras gastadas y la mayoría de las inscripciones borradas casi por completo.

—Aquí hay enterrados gran cantidad de artesanos —dijo el monje—. Por ejemplo, el hombre que realizó la vidriera de Abraham en la catedral, el llamado Maestro de Abraham.

Se detuvo ante un sencillo mausoleo cuadrado y apoyó su grande y nudosa mano en la vieja piedra gris. Encima de la puerta se veía la borrosa imagen de un extraño animal. ¿Un gato quizá?

—La imagen es el león de san Marcos, el patrón de los pintores de vidrieras —explicó Morvan—. Es el único medio que tenemos para identificarlo, pero seiscientos años después de su muerte aún vemos su obra como si se hubiera creado ayer. Es historia viva, la imaginación misma de un ser humano individual.

Holliday asintió.

—Sé a lo que se refiere —dijo—. Algunas veces voy a lugares que parecen empapados de historia. Casi se aspira como si fuera perfume. Algunos campos de batalla son así. En las paredes de un burdel de Pompeya hay un *graffiti* que tiene dos mil años.

—Me parece que la lección que hay que sacar es que el arte perdura. Rara vez se recuerda mucho a los hombres de negocios, una vez pasada su época. Nadie recuerda a los mecenas de Miguel Ángel, pero a él sí lo recuerdan. La sonrisa de Mona Lisa perdura, las pirámides aún siguen en pie... Ese es el motivo por el que entré en la orden tironense.

—¿Por su vinculación con la francmasonería?

—No solo con los masones —dijo Morvan—. Eran una comunidad de artesanos: carpinteros de navío o de ribera, so-

pladores de vidrio, orfebres, picapedreros, artífices de todas clases... Creadores de cosas que duraban. A mí me pareció la mejor expresión de la inmortalidad de Dios, lo que Él le había concedido al hombre para expresar lo infinito:

«Ver el mundo en un grano de arena  
Y el cielo en una flor silvestre;  
Contener el infinito en la palma de la mano  
Y la eternidad en una hora».

»William Blake lo escribió hace doscientos años, pero aún se cita hoy día.

—No estoy seguro de por qué eso hace que mi pregunta sobre Jean de Saint-Clair sea interesante —dijo Holliday.

—Jean de Saint-Clair, también conocido como John Sinclair, nació en Saint-Clair-sur-Epte y era hijo de un maestro carpintero de navío. Se escapó de casa para hacerse marino, llegó a ser caballero, ingresó en los templarios, llevó hombres y provisiones a las Cruzadas y desapareció durante la disolución de la orden, en 1312. En 1332 volvió a Francia, y en concreto a Saint-Clair-sur-Epte, con una dispensa del papa Gregorio IX, el hombre que, por cierto, hizo conocer la inquisición al mundo. Saint-Clair fue uno de los pocos caballeros templarios que sobrevivieron a la disolución. A casi todos los demás, sencillamente, los asesinaron o los quemaron en la hoguera. Él entró en el monasterio de la *Abbaye* de Tiron y pasó los siguientes veinte años recluido. Cuando murió apareció un grupo de monjes de la abadía del Mont Saint-Michel, que lo metieron en un barril de aguardiente de manzana de Calvados para conservar su cuerpo y se lo llevaron a la abadía de aquella isla, donde fue enterrado. Su tumba lleva la inscripción «*Et in Arcadia Ego*», que tiene varias traducciones; la más generalizada es: «Yo viví

en la Arcadia». Tanto *El código Da Vinci* como *El enigma sagrado* utilizan la frase en relación con el linaje de Cristo, algo que por supuesto es un completo disparate, equiparable al descubrimiento del Hombre de Piltdown. Pero no es esa la razón de que su pregunta sea interesante.

—Pues explíquemelo, por favor —dijo Holliday.

—Lo verdaderamente interesante es que sea usted la segunda persona que me pregunta por Jean de Saint-Clair esta semana.

—¿Ah, sí?

—Sí —dijo Morvan, asintiendo.

—¿Quién ha sido el otro?

—No ha sido el otro en absoluto. Ha sido la otra. Una monja del convento de Santa Inés de Praga. Se llama hermana Margaret Emily.

—No es un nombre muy checo.

—Por su acento yo diría que procede del sur de Estados Unidos. Mississippi o Alabama.

—¿Por qué le interesa Jean de Saint-Clair?

—Por lo visto está escribiendo una historia de mucha autoridad sobre el convento para su tesis doctoral en la Universidad de Notre Dame. El nombre de Saint-Clair surgió en sus investigaciones.

—«¿Por lo visto?»

—Mucha gente miente, según mi experiencia —dijo Morvan, tratando de mantener un tono neutro.

—¿Cree que mentía?

—Yo no he dicho eso.

—Pero debe de haberlo pensado; no lo habría mencionado, si no.

—Tal vez.

—Una monja mentirosa... Vaya, eso sí que es interesante.